

Silvina Ippi

CENTRO REGIONAL UNIVERSITARIO BARILOCHE (CRUB)  
UNIVERSIDAD NACIONAL DEL COMAHUE-CONICET

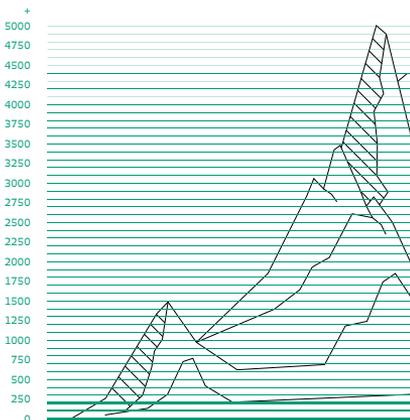
silvipipi@yahoo.com

*El Chercán común* se distribuye desde el sur de Canadá hasta el sur de Chile, siendo uno de los passeriformes nativos con mayor distribución latitudinal en el mundo (Johnson 1998). En Chile se reconocen tres subespecies: *tecellatus* en Arica y Tarapacá, *atacamensis* desde Antofagasta hasta el norte de Coquimbo, y *chilensis* desde Atacama hasta el extremo sur del país (Housse 1945, Goodall et al. 1957), existiendo eventual simpatria entre estas dos últimas subespecies, sin que sus límites se encuentren bien definidos. Estas tres subespecies pertenecen al grupo *musculus*, considerado por varios autores como especie válida (Brumfield y Capparella 1996, Kroodsmá y Brewer 2005, pero ver Remsen et al. 2016). El límite austral de su distribución se extiende hasta la Reserva de la Biosfera Cabo de Hornos (Reynolds 1935, Anderson y Rozzi 2000, Ippi et al. 2009), lo que se corrobora en el mapa de este Atlas. Housse (1945) señaló que nidifica desde el nivel del mar hasta los 1.500 MSNM, sin embargo Kroodsmá y Brewer (2005), lo señalaron como presente hasta los 4.000 MSNM. Durante la temporada Atlas, la mayor cantidad de registros se realizó bajo los 400 MSNM, pese a que se encontraron evidencias de reproducción hasta 2.700 MSNM en Tarapacá (R. Peredo en eBird 2013). Si bien se encuentra ausente de las partes más altas y más áridas del norte de Chile, la especie logra colonizar algunos oasis aislados, y es interesante ver en el mapa del Atlas como el río Loa le permite cruzar el desierto, conectando la precordillera con sectores de baja altura.

La especie habita una gran diversidad de ambientes tanto en el sur (Elgueta et al. 2006), como en Chile central (Estades 1997), y es frecuente en parques y jardines, siendo capaz de permanecer en grandes ciudades, como Santiago o Valparaíso (Díaz y Armesto 2003, Chávez Almonacid 2014, Celis-Diez et al. datos no publicados, Medrano et al. datos no publicados). En Chiloé, es abundante en los matorrales, aunque no se lo encuentra en el bosque valdiviano adyacente (Díaz et al. 2005). Sin embargo, sí habita bosques más abiertos con menor densidad de sotobosque, como es el caso del bosque costero subantártico en isla Navarino (Anderson y Rozzi 2000, Ippi et al. 2009), los bosques de Araucaria (*Araucaria araucana*) (Ibarra et al. 2010), o los bosques menos húmedos de la Patagonia argentina (Becerra Serial y Grigera 2005).

Aunque pequeño y discreto, tiene un canto potente que permite su detección fácilmente. Ambos sexos cantan, presentando ciertas diferencias acústicas (Skutch 1953, Johnson y Kermott 1990). La poliginia es relativamente frecuente en el hemisferio norte (Kroodsmá y Brewer 2005), pero es menos común en el hemisferio sur (Llambías 2012). Puede construir su nido en casi cualquier cavidad, describiéndose nidos en huecos de árboles, barrancos, aleros de casas, mangas de espantapájaros, indumentaria colgada, nidos de otras aves (e.g. *Veniliornis* sp, *Furnarius rufus* en Argentina) y hasta en cráneos de vacunos o equinos, además de otras estructuras asociadas con la presencia humana (Goodall et al. 1957, de la Peña 2016). No obstante, la estructura del nido suele ser constante: una base rústica y voluminosa de ramitas entrelazadas, sobre la cual se arma una copa de material más suave (gramíneas, pelos, plumas, etc.), donde se depositan los huevos. Esta construcción es bastante invariable a lo largo de su distribución americana. Su éxito reproductivo es variable. Por ejemplo, en una población de la provincia de Buenos Aires, Argentina, se encontró que la probabilidad de que un huevo abandone exitosamente el nido como juvenil fue del 66% en cajas anideras, pero sólo del 25% en cavidades naturales (Llambías y Fernández 2009).

METROS SOBRE EL NIVEL DEL MAR



La hembra puede llegar a incubar hasta tres posturas por año (Housse 1945, Goodall et al. 1957). Dada su amplia distribución latitudinal, existe una gran variación en las fechas de cada fase reproductiva. En Chiloé, la puesta puede ocurrir entre octubre-enero, la eclosión entre noviembre-enero, y el abandono del nido entre noviembre-enero (Ippi et al. 2012). En cambio, en Chile Central la puesta ocurrió entre principios de septiembre y mediados de diciembre; la eclosión comenzó a fines de septiembre y finalizó en diciembre (Medrano et al. *in litt.*). En general pone de 3 a 8 huevos (Housse 1945) de un color rosa con pintas marrones de distinta intensidad. El tamaño de la nidada presenta variaciones según la región y la latitud. Por ejemplo, en Chiloé pone de 2 a 5 huevos, con un promedio de 4,3 huevos, mientras que en un área suburbana de Santiago, el promedio fue de 5,32 huevos durante la temporada 2008 (N=23 nidos) y de 4,46 huevos durante la temporada siguiente (N = 51 nidos; Medrano et al. *in litt.*). El tamaño promedio de puesta aumenta a medida que aumenta la latitud (Young 1994). El tamaño de los huevos varía entre 15,0-18,0 mm de largo y 12,0-13,2 mm de ancho (Housse 1945, Ippi et al. 2012). En Chiloé, el periodo de incubación varía entre 14 y 19 días (Ippi et al. 2012), aunque podría ser tan breve como 12 días (Housse 1945). El periodo de polluelos en el nido es de  $16,0 \pm 1,0$  día (Ippi et al. 2012). En las poblaciones argentinas se ha registrado que puede ser parasitado por el Mirlo común (*Molothrus bonariensis*) (de la Peña 2016).

Se alimenta principalmente de insectos (Sabag 1993, Kroodmsma y Brewer 2005, Muñoz et al. 2017), los que busca entre el follaje de árboles y arbustos y con los cuales alimenta también a sus polluelos. Si bien ambos padres cumplen este rol, sólo la hembra incuba. No se conocen detalles de la vida de los polluelos luego de abandonar el nido, aunque son alimentados por los padres por un breve tiempo hasta alcanzar la independencia.

El Chercán común es considerado una especie residente (Barros 1920, 1948, Povedano y Bisheimer 2016). No obstante, cierta evidencia sugiere movimientos migratorios parciales en la especie. Por ejemplo, durante un año de censos en el norte de la Isla Navarino (55°S) no se registraron chercanes en el invierno (Ippi et al. 2009). Además, durante dos años de censos consecutivos en el norte de la isla de Chiloé no se censaron ni capturaron chercanes durante los inviernos de cuatro años, entre los meses de abril y septiembre (Ippi et al., *in litt.*). Adicionalmente, no hubo registros invernales en los bosques de Araucaria (Ibarra et al. 2010), ni en los bosques de Bariloche (Patagonia Argentina; Becerra Serial y Grigera 2005). Por el contrario, sí se registraron chercanes durante todo el año en las Torres del Paine (Kroodmsma y Brewer 2005). Finalmente, durante la temporada Atlas, los avistamientos más tempranos en Patagonia se produjeron en agosto. En América del Norte, las subespecies que habitan en altas latitudes son migratorias, mientras que las subespecies que habitan el trópico son residentes (Arguedas y Parker 2000), por lo tanto, es posible que al menos parte de las poblaciones australes realicen movimientos migratorios.

Esta especie no tiene problemas de conservación y se encuentra en la categoría «PREOCUPACIÓN MENOR» (BirdLife Internacional 2018). Sin embargo, varias subespecies, como las presentes en el norte de Chile, tienen un rango limitado y sería interesante conocer el estado de conservación al nivel sub-específico. Esto, pues al menos durante la primavera y el verano, es una de las especies más abundante en toda su área de distribución (Díaz et al. 2002, Díaz et al. 2005, Ippi et al. 2009).

